

VI Domingo Pascua

Hechos 15, 1-2. 22-29 Apocalipsis 21,10-14. 22-23 Juan 14, 23-29

"EL ESPÍRITU SANTO OS IRÁ RECORDANDO TODO LO QUE OS HE DICHO"

9 Mayo 2010 P. Carlos Padilla Esteban

"LA PAZ OS DEJO, MI PAZ OS DOY; NO OS LA DOY YO COMO LA DA EL MUNDO. QUE NO TIEMBLE VUESTRO CORAZÓN NI SE ACOBARDE"

Alicia, en el País de las maravillas, lo sabía con certeza: "La forma de lograr lo imposible es creer que es posible. Hay que pensar seis cosas imposibles antes de desayunar". Nosotros, sin embargo, nos despistamos y dejamos de creer en imposibles. Antes de desayunar no pensamos en casi nada que sea imposible, aunque, en realidad, ¿pensamos en algo imposible a lo largo del día? Muy a menudo pensamos sólo en cosas posibles, cosas lógicas y nos cuesta creer en aquello que está fuera de nuestro alcance. Medimos las fuerzas, calculamos las posibilidades reales y dejamos de soñar. Quizás por eso nos cuesta ver los milagros a nuestro alrededor y nos conformamos con la vida tal y como es, pensando que no puede cambiar. Tal vez por eso muchas cosas que anhelamos no llegan a hacerse realidad, porque no creemos en ellas. Y es que nos olvidamos de la gracia, de esa presencia del Espíritu que transforma la vida, de esos milagros de Dios que hacen surgir la vida de la nada. Cuando nos apegamos a la tierra y dejamos de aspirar a lo más alto, nos aburguesamos. Por eso hoy las palabras de Jesús resuenan con mayor fuerza: "Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde". En momentos como los que vivimos, ante la crisis económica en la que estamos metidos, con la situación de terremoto que vive la Iglesia, el corazón tiende a temblar y a acobardarse, tiene miedo porque desconfía. **¿Cómo no acobardarnos cuando el futuro es tan incierto? ¿Cómo no temblar cuando escuchamos casos de pederastia o infidelidades dentro de nuestra propia Iglesia? ¿Cómo soñar con imposibles cuando lo que parecía posible no se hace realidad? ¿Cómo pensar en algo imposible cuando nos faltan las fuerzas para luchar cada mañana?**

Sin embargo, el mensaje de hoy es claro: no podemos acobardarnos. En la historia de la Iglesia siempre ha habido hombres que han soñado imposibles y no han tenido miedo de nada; así nació la Iglesia. Ellos contaban con su propia debilidad y construyeron en la fuerza del Espíritu. **Un ejemplo nos lo dan hoy Pablo y Bernabé:** "En aquellos días, unos que bajaron de Judea se pusieron a enseñar a los hermanos que, si no se circuncidaban conforme a la tradición de Moisés, no podían salvarse. Esto provocó un altercado y una violenta discusión con Pablo y Bernabé; y se decidió que Pablo, Bernabé y algunos más subieran a Jerusalén a consultar a los apóstoles y presbíteros sobre la controversia. Los apóstoles y los presbíteros con toda la Iglesia acordaron entonces elegir algunos de ellos y mandarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé. Eligieron a Judas Barrabás y a Silas, miembros eminentes entre los hermanos, y les entregaron esta carta: Los apóstoles y los presbíteros hermanos saludan a los hermanos de Antioquía, Siria y Cilicia convertidos del paganismo. Nos hemos enterado de que algunos de aquí, sin encargo nuestro, os han alarmado e inquietado con sus palabras. Hemos decidido, por unanimidad, elegir algunos y enviároslos con nuestros queridos Bernabé y Pablo, que han dedicado su vida a la causa de nuestro Señor Jesucristo. En vista de esto, mandamos a Silas y a Judas, que os referirán de palabra lo que sigue: Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no imponeros más cargas que las indispensables: que os abstengáis de carne sacrificada a los ídolos, de sangre, de animales estrangulados y de la fornicación. Haréis bien en apartaros de todo esto". Hechos 15, 1-2. 22-29.

Esos hombres creyeron que la nueva Iglesia naciente no podía quedar vinculada a los ritos exclusivos del judaísmo. Parecía un imposible, porque el mismo Cristo era judío y los apóstoles también lo eran. Por eso Dios necesitaba a Pablo. Sí, necesitaba un loco enamorado de Cristo y de su misión, un hombre capaz de cualquier cosa por amor. Necesitaba un corazón apasionado que no tuviera miedo y no temblara. Necesitaba a alguien que soñara cosas imposibles. Ése era Pablo, por eso lo tiró de su caballo, por eso lo llamó con insistencia, por eso lo persiguió hasta que cedió y aceptó pertenecerle por completo. Así ha hecho siempre Dios con los que Él ha elegido para que soñaran cosas impensables. Así han sido los santos. Los ha llamado y los ha renovado en la fuerza de su amor. Ha cambiado sus planes con frecuencia y les ha hecho creer que podrían cambiar el mundo con sus vidas. **Y ellos, instrumentos débiles y pecadores, pastores que eran al mismo tiempo corderos, con las heridas de su tiempo abiertas en su propia carne, se dejaron hacer en el amor de Dios que los sanaba y soñaron con milagros.**

Sólo un corazón enamorado y transfigurado en el fuego de Cristo es el que puede repetir las palabras del Salmo: "Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben. El Señor tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros; conozca, la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación. Que canten de alegría las naciones, porque riges el mundo con justicia, riges los pueblos con rectitud y gobiernas las naciones de la tierra. Que Dios nos bendiga; que le teman hasta los confines del orbe". Sal 66, 2-3. 5. 6 y 8. Porque ese amor humano, renovado en el amor de Dios, permite ver la vida de forma diferente y soñar con un mundo nuevo como el que describe el libro de la **Apocalipsis**: "El ángel me transportó en éxtasis a un monte altísimo, y me enseñó la ciudad santa, Jerusalén, que bajaba del cielo, enviada por Dios, trayendo la gloria de Dios." Brillaba como una piedra preciosa, como Jaspe translúcido. Tenía una muralla grande y alta y doce puertas custodiadas por doce ángeles, con doce nombres grabados: los nombres de las tribus de Israel. A oriente tres puertas, al norte tres puertas, al occidente tres puertas. La muralla tenía doce basamentos que llevaban doce nombres: los nombres de los apóstoles del Cordero. Santuario no vi ninguno, porque es su santuario el Señor Dios todopoderoso y el Cordero. La ciudad no necesita sol ni luna que la alumbe, porque la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero". Apocalipsis 21,10-14. 22-23. Desde la altura de la ciudad de Dios se ve todo con una nueva mirada, con un corazón totalmente transformado. Cristo habita esta ciudad y en ella Dios es la única luz y la única esperanza. **Un corazón que se deja habitar por la luz de Dios se transforma en una ciudad protegida y custodiada por el Señor, una ciudad infranqueable.**

En este mes de mayo el "símbolo del Padre" va a estar peregrinando por nuestros Santuarios en España. Se trata del ojo de Dios Padre. En todos los santuarios de Schoenstatt este símbolo está presente. Sin embargo, en el Santuario Original todavía no ha sido posible colocarlo. El P. Kentenich lo quiso regalar en 1967, un año antes de su muerte. En ese tiempo, después de su fallecimiento, el símbolo recorrió todo el mundo y fue un signo de la presencia de nuestro Fundador ya junto a Dios Padre. Ahora, cuando caminamos hacia la celebración de los 100 años de nuestro Movimiento, 100 años de la primera Alianza de amor, el símbolo quiere volver a viajar por todo el mundo. Viene de Portugal, donde ha acompañado la celebración de los 50 años del Movimiento en esa tierra. Ahora nos acompaña a nosotros durante el mes de María. **Queremos que su paso por aquí nos renueve en el amor a Dios Padre y en nuestra vinculación con el P. Kentenich, en este año en que se cumplen 100 años de su ordenación en 1910.**

Cristo nos habla siempre del Padre. Con sus palabras y con su vida refleja el rostro del Padre en la tierra: "Me habéis oído decir: "Me voy y vuelvo a vuestra lado." Si me amarais, os alegraríaís de que vaya al Padre, porque el Padre es más que yo. Os lo he dicho ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda, sigáis creyendo." Juan 14, 23-29. El símbolo del Padre no es el ojo que todo lo ve para castigar así a los que no cumplen ni obedecen. Muy al contrario,

se trata del ojo que provee, que cuida, que se preocupa de sus hijos a los que ama. El ojo expresa ese amor de Dios que nos busca una y otra vez, es un signo de su misericordia. Es una forma de representar el cuidado de Dios Padre. El ojo está atento siempre y nos busca con cariño de padre. Nos recuerda así que estamos llamados a ser niños, a ser reflejos de la luz de Dios Padre. Ya lo decía el P. Kentenich: "Los ojos del niño señalan directamente a Dios. El niño es una señal de Dios"¹. Y nosotros estamos llamados a ser niños en su presencia y a reflejar su rostro. Decía: "Lo que el niño es imperfecta y transitoriamente, debo asumirlo permanentemente y perfectamente. Quien me vea debe ser atraído hacia Dios"². El símbolo del Padre nos recuerda que somos hijos amados de Dios y ese amor suyo es el que nos transforma en hijos, en niños que reflejan su luz. **Como les decía la Madre Teresa a sus hermanas:** "Traten de ser el amor de Jesús, la compasión de Jesús, la presencia de Jesús unos para los otros y para los pobres a los que sirven"³. **Somos transparentes de ese amor y esa conciencia nos libera y nos da alas para soñar siempre con lo imposible.**

El amor del Padre Dios es el amor del cual hoy nos habla Jesús: "En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él». Cuando amamos a Dios, cuando nos abrimos a Él, Él vendrá a nosotros con su amor y nos colmará de sus bendiciones. El cambio nos desborda, entregamos nuestra indigencia, recibimos la abundancia infinita de su amor. **El Padre Kentenich** decía: "Hay millones de hombres que no saben amar, que no han aprendido a amar de corazón a otra persona. No conocen un organismo de vinculaciones, no han amado a otras personas. Dicen: amamos a Dios. ¡Pero no es cierto! ¿A quién han amado? ¡A una idea! ¡Esto constituye una tremenda tragedia!"⁴. Nuestra sociedad está enferma, porque el hombre ha visto debilitado su capacidad fundamental, su capacidad de amar, de vincularse y de donarse por entero. Muchas relaciones están basadas en la utilidad. Cuando las personas no nos son útiles y ya no nos sirven, las despreciamos y las dejamos de lado. Nuestros vínculos no son profundos muchas veces, porque nos da miedo abrirnos por entero. Tememos perder nuestra independencia y nos asusta sentirnos atados. No queremos exponernos y mostrarnos débiles ante los demás, incluso ante quienes más nos quieren y conocen. Y si esto sucede en el plano natural, donde no creamos vínculos profundos, es muy fácil que nuestro vínculo con Dios sea también superficial. **Amamos la idea de Dios, pero no amamos a un Dios personal que nos quiere con locura.**

Queremos aprender a amar en profundidad, como ya meditábamos la semana pasada. Dios es amor y, cuando recibimos su amor, nuestra vida se transforma en entrega total. Lo expresaba así S. Gregorio: "La prueba del amor está en las obras: el amor de Dios nunca es ocioso, porque si es muy intenso obra grandes cosas, y cuando rehúye obrar ya no es amor". El amor de Dios en nosotros actúa transformando nuestra vida y dejando ver destellos de ese amor en nuestros gestos. El amor se muestra en obras, no bastan los buenos pensamientos y las sanas intenciones. El amor de Dios ha de despertar nuestro propio amor, gestos de amor que son obras que transparentan un amor más grande. De esta forma, Dios nos convierte en morada donde Él vive. Así lo dice S. Agustín: "El amor aparta del mundo a los santos. Es el único que hace a los concordes habitar en la mansión en la que el Padre y el Hijo moran". Aspiramos a ser santos. **Domingo Savio**, el primer santo salesiano, le decía a Don Bosco, su padre espiritual: "Tengo una absoluta necesidad de ser santo". Y **Don Bosco** le respondió: "Ser santo supone estar siempre alegre, cumplir con el deber y participar en el recreo con los compañeros. La penitencia que Dios quiere de ti es la obediencia. Todo lo que tengas que sufrir ofréceselo a Dios". Estamos llamados a ser santos y en

¹ J. KENTENICH, NIÑOS ANTE DIOS, 124

² Ibídem, 126

³ MADRE TERESA, *Ven sé mi luz*, 380

⁴ J. KENTENICH, *Semana de Octubre 1950* (Citado en La alianza de amor con María, 56)

ocasiones, pensamos que esto es para otro tipo de personas, para aquellos que caminan un palmo por encima del suelo. Creemos que somos más normales y no podemos aspirar a tanto. Es mentira, Dios nos quiere santos. Si quiere venir a hacer morada en nuestro interior es porque quiere santificar nuestra vida. Las palabras de Jesús van dirigidas a nosotros. Quiere que seamos su morada, desea **vivir en nuestro corazón para que nosotros podamos descansar en su morada y vivir en la paz verdadera.**

No obstante, nos cuesta creernos de verdad que Dios viene a hacer morada en nosotros. María se hizo esclava de Dios, aceptó permanecer en su amor y en su presencia, cuidó su morada interior para que Dios pudiera habitar en Ella para siempre. María nos muestra que nuestra vida está hecha para ser morada de la Santísima Trinidad. Ella, con su vida, refleja esta realidad: *"María es la singular Hija del Padre. Ella es la singular esposa del Hijo y la singular Esposa del Espíritu Santo"*⁵. Para saber cómo tiene que ser nuestra vida, contemplamos a la Virgen. Ella es la casa de Dios, en Ella habita Dios en su plenitud. Mirándola a Ella descubrimos que estamos llamados a ser esa misma morada donde Dios habite. Permanecer en el amor de Dios supone fidelidad al amor recibido. Es el camino para que Dios se haga fuerte en nuestro corazón como lo hizo en el de María. Ella nos puede enseñar a vaciarnos de tantas cosas que nos quitan la paz, de tantas preocupaciones que nos inquietan continuamente. El miedo, la tristeza y la ira llenan nuestro corazón y no dejan que habite Dios en él. María quiere transformar nuestro interior y hacer que salga de nuestros labios esa frase que cambió el mundo: *"Hágase en mí según tu palabras"*. El P. Kentenich señalaba siempre la importancia de María para llegar a lo profundo del corazón de Dios: *"Ella debe ser para mí el imán, el anzuelo. Pero no debe retenerme consigo, sino, como un anzuelo, atraerme, llevarme al corazón del Dios vivo"*⁶. Estamos llamados a poseer a Dios en el alma, para conducir a los demás a Dios. Que las personas no se queden en nosotros, sino que continúen su camino hacia lo alto, hacia lo más profundo del amor de Dios. Decía S. Pedro Crisólogo: *"Haz de tu corazón un altar, y así, afianzado en Dios, presenta tu cuerpo al Señor como sacrificio"*. **Nuestro corazón quiere ser un altar, un Santuario, una morada donde Dios esté presente.**

El mensaje de hoy nos habla de la paz verdadera: *"La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde"*. Cristo resucitado, a lo largo de todo este tiempo de Pascua, nos ha ido entregando su paz. Lo hemos escuchado repetidas veces. Se trata de una paz distinta a la que nos regala el mundo, que es una paz *"barata"* que no nos convence. La paz de Cristo es la misma paz que describe Charles de Foucauld: *"Mi alma se halla en paz absoluta. Estoy lleno de miserias, pero sin nada grave que me atormente. Soy feliz y estoy tranquilo a los pies del Bien Amado"*⁷. Así quisiéramos vivir siempre, en los momentos de tormenta y de tranquilidad; sin embargo, el corazón se acobarda y tembla muy a menudo. Sí, tembla ante el futuro y se acobarda ante la vida, al contemplar la propia debilidad y la inseguridad del tiempo que vivimos. Pierde la esperanza por la dureza del camino y no recibe la paz que describe S. Agustín: *"Porque es la paz serenidad en el entendimiento, tranquilidad de ánimo, sencillez de corazón, vínculo de amor"*. Es una paz nueva, una paz que es don. Si tuviéramos el corazón lleno de paz muchas cosas cambiarían y seríamos capaces de dar paz siempre a los que nos rodean. Como dice Facundo Cabral: *"Hay tantas cosas que gozar, y nuestro paso por la tierra es tan corto, que sufrir es una pérdida de tiempo"*. **Y es realmente una pérdida de tiempo cuando nos agobiemos o perdemos la paz buscándonos en el mundo.**

Para ello el camino parece fácil: *"Guardará mis palabras"*. **El que ama es capaz de seguir**

⁵ J. KENTENICH, *La actualidad de María*, 145

⁶ Ibídem, 166

⁷ CHARLES DE FOUCAUD y convertidos del siglo XX, 53. Colección *"El camino de Damasco"*, 6. T. 139

el camino señalado por Cristo. Sin embargo, el corazón que no ama no logra hacerlo: “*El que no me ama no guardará mis palabras. Y la palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió*”. La Palabra es la Palabra de Dios Padre, es el deseo de plenitud para nuestra vida, es el camino que trae la paz como consecuencia, como respuesta a nuestro actuar. Obedecer la palabra de Dios es seguir sus mandamientos, sus enseñanzas y los más leves deseos del Padre. No obstante, mucha gente percibe en estas palabras de Dios una barrera, una exigencia y un obstáculo para el crecimiento verdadero. Se ve en ello una limitación y no un camino. Una obligación, pero no una necesidad. Muchas personas abandonan la Iglesia porque no la ven como Madre que acoge, sino como un lugar donde son condenados y rechazados. Ante la imposibilidad de no pecar se apartan de Dios, pensando que no pueden seguir sus pasos y son por ello rechazados. El Evangelio de hoy nos muestra un camino diferente. Permanecer en el amor parece sencillo. Pero para ello es necesario experimentar a ese Dios que es amor, que se entrega y que nos abraza para que no nos vayamos. El otro día una persona me describía cómo su vinculación al Santuario se había llegado a convertir en una necesidad ineludible. Me dijo: “*Es como el deporte. Al principio uno se exige para poder venir. Se esfuerza y lo logra. Con el tiempo empieza a experimentar que se encuentra en paz y es acogido. Y con la práctica se convierte en una necesidad*”. Así debería ser nuestra relación con Dios. **El que ama disfruta y descansa en el amado, lo necesita y, cualquiera de las cosas que le pide, las puede cumplir porque son deseos que le llenan el alma y colman de paz.**

Pero para que todo esto llegue a ser realidad es necesario que anhelemos la venida del Espíritu Santo, que nos recuerde todo lo que nos ha dicho el Señor: “*Os he hablado de esto ahora que estoy a vuestro lado, pero el Defensor, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho*”. Necesitamos ese defensor, ese consolador. Así lo explica S. Gregorio: “*Quiere decir abogado, consolador. Se llama abogado porque se interpone entre nuestras culpas y la justicia del Padre. Y se llama consolador, porque libra de la aflicción el alma de aquellos que prepara con esa esperanza*”. Todos necesitamos ser consolados y vivir en la esperanza. Nuestra falta de paz, nuestro stress e in tranquilidad, crecen con fuerza cuando no somos capaces de descansar en ese Espíritu de Dios que consuela y pacifica. Estos días leía sobre el peligro de quedarnos en la consternación pensando que no podemos hacer nada, que lo imposible no es posible y que nada puede cambiar: “*La consternación se ha convertido en una nueva religión. Nos dejamos consternar por cosas cercanas y lejanas, sobre todo por las lejanas*”⁸. No podemos vivir consternados sin actuar. Y añadía: “*Ser cristiano es, se quiera o no, contar con el milagro*”. Hoy se nos invita a creer con los milagros y a soñar. Jesús viene a nosotros, **mora en nosotros, para que nuestra vida se abra y se oriente hacia el mundo que es necesario transformar en la fuerza del Espíritu.**

El Santuario, nuestro Santuario donde mora María, es el cable a tierra que necesitamos en la vida. La vida va muy rápido y nos cargamos de energía, de electricidad, de ruidos y no damos paz, no conseguimos tranquilizar a otros. Estamos eléctricos, corriendo de un lado a otro. Es necesario que entremos al Santuario para tocar tierra y descargar todo lo que bulle en nuestra alma. En el Santuario dejamos todo lo que nos agita y recibimos el Espíritu que nos da la paz verdadera. Entramos vacíos y nos vamos llenos de su presencia, de su amor y de su vida. Jesús lleva ya tiempo con nosotros en esta Pascua y el corazón se prepara para su partida, para la celebración de la fiesta de la Ascensión el próximo domingo. Jesús no nos deja solos, nos envía su Espíritu. Un Espíritu que sana y transforma y nos llena de su paz verdadera. Un Espíritu que lo invade todo, lo penetra todo y lo transforma todo con su amor. **Hoy suplicamos que Dios venga a habitar en nosotros. Hoy repetimos las palabras de María: Hágase en mí según tu Palabra.**

⁸ Klaus Berger, Jesús, 103